



fundación

Ramón y Katia Acín

Ramón Acín toma la palabra 020—*Las golondrinas*



Desde la izquierda, Usandizaga,

Pilar Bayona

y Ramón Acín

El sábado 25 de abril de 1914 y en el Teatro Circo de Zaragoza, el compositor José María Usandizaga presentó su exitosa zarzuela *Las golondrinas*. Ese día Ramón Acín asistió al espectáculo, aunque llegó a final del tercer y último acto. Unos meses después escribiría un artículo en el *Diario de Huesca*, ensalzando la obra del músico donostiarra, aunque también criticando un aspecto que va a tener importancia en esta entrada que os ofrecemos.

Acín no era pareja todavía de Conchita Monrás, excelente pianista por cierto. Quien sí estaba entre el público de aquella función, y en la quinta fila, era una jovencita zaragozana llamada Pilar Bayona [Zaragoza 16 septiembre 1897 — 13 diciembre 1979], pianista que desde la muy corta infancia ofrecía conciertos públicos y que establecería tras esa sesión una buena amistad —y corta, como veremos— con Usandizaga. Os ofrecemos el artículo de Acín y aprovecharemos también para extender datos interesantes sobre la pianista, el compositor y sobre la autoría del libreto de la zarzuela. [El contenido de esta entrada ahora ligeramente corregida, ya fue publicado en nuestra web el 23-10-2022]

APUNTES MUSICALES

Estreno de LAS GOLONDRINAS

Una magnífica fiesta de arte puro, excelso, sublime, constituyó anoche el estreno en nuestro teatro Circo de este hermoso drama lírico, (?) cuya brillante representación ha terminado esta madrugada entre una clamorosa explosión de cálidos aplausos, de efusivas aclamaciones, de una ovación continua y fervorosa.

Aquel ambiente caldeado por el entusiasmo del auditorio, que sintió el calorío de la emoción, no sólo representaba el merecido galardón al joven e insigne maestro Usandizaga. Era también una protesta elocuentísima contra la degradación a que había llegado la escena española, invadida por exóticas producciones musicales.

José María Usandizaga, ese estupendo compositor donostiarra que a los veintidós años ha conquistado el tercer entorchado en el ejército musical, obtuvo anoche un triunfo colosal, definitivo, inenarrable, como antes lo había ya obtenido en Madrid, en San Sebastián y en Pamplona. Mucho se ha elogiado la partitura de *Las Golondrinas*; pero, a mi juicio, no tanto como se merece, pues, además de la riqueza de motivos originalísimos, es sorprendente la técnica que rebosan todas sus páginas escritas con los más modernos procedimientos orquestales, sin que haya incurrido Usandizaga en el barroquismo decorativo que impera en las óperas contemporáneas.

Educado musicalmente Usandizaga en París, bajo la dirección del eminente V. Dindy, conoce todos los secretos de la instrumentación sacando gran partido de ella, bordando científicamente las primorosas frases de la melodía con los recursos exuberantes de una armonización perfecta y el dominio de los efectos contrapuntistas puesto de singular relieve en las admirables páginas descriptivas.

La música de *Las Golondrinas* es radicalmente distinta de la que hasta ahora hemos oído. Hay momentos en que creemos observar la influencia de cierta escuela, de cierto estilo, mas súbitamente varía el tema y el método; imprevistos giros adquieren la orquesta y las voces; y de aquel conglomerado de sonidos dispersos y antagónicos, surge un conjunto armónico de subyugadora belleza.

La partitura de esta obra es única. No se parece a nada de lo hasta hoy conocido. ¡Oh la técnica de Usandizaga!

Con la música que en *Las Golondrinas* ha puesto, había para nutrir tres óperas y aun le sobrarían ideas y resortes instrumentales para desarrollárlas.

A pesar de las grandes dificultades que para ponerle música ofrece la prosa no rimada en que están escritos la mayoría de los cantables; por la destitución de los ritmos mal acentuados que integran cada frase, el maestro Usandizaga ha vencido estas escabrosidades, merced a su exquisito sentido tonal, a su lógica maestra y a la ponderación justa, precisa, de su templeamiento teatral.

Es imposible darse cuenta cabal en estas primeras audiciones, de las múltiples facetas en que Usandizaga nos revela su prodigioso talento, su copiosa cultura musical y la sensibilidad artística que posee en todos los temas dramáticos al trasladarlos al pentagrama.

¿Dudamos que el maestro Usandizaga se ha colocado a la cabeza de los compositores españoles?

El teatro absolutamente (sic) ocupado. Hasta en los pasillos había gran número de aficionados que escuchaban a pie firme las sublimidades de la música del maestro Usandizaga.

Cuando el director de la orquesta, maestro Martínez, empujó la batuta, un movimiento de inimitable expectación se advirtió en todos los ámbitos de la sala.

Y justo es que aquí consignemos, por lo que ello cuenta el éxito de anoche, que el público, este público de Zaragoza que nunca se fía de los triunfos teatrales sacados fuera de nuestros escenarios, fué a ver y a oír *Las Golondrinas* con manifiesta prevención, temeroso de que salieran frustradas las esperanzas que hacían concebir los halagüeños juicios de la crítica madrileña y la favorable acogida dispensada por los *dilettanti* donostiarros y navarros.

El temor que gran parte del auditorio abrigaba de no comprender la famosa partitura por excesivamente sabia, aun reconociendo su mérito sobresaliente, presto quedó disipado al percibir los primeros compases. Y es que la ciencia y el arte musicales van tan íntimamente hermanados en *Las Golondrinas* que subyugan con su belleza portentosa y asequible a todos los temperamentos.

El primer número pasó sin que los oyentes exteriorizaran su impresión.

La romanza «Caminar...» dicha irreplicablemente por Sagi Barba, arrancó los primeros aplausos. Pero donde el entusiasmo se desbordó fue en el magnífico número descriptivo en el que se refleja el bullicio de la plaza del pueblo con su característica greguería. La intervención del coro en el que se destaca una popular canción infantil produjo una impresión intensísima.

El público obligó a salir al insigne Usandizaga y el número fué repetido, reproduciéndose los aplausos.

En el acto segundo fué igualmente repetido un precioso número cómico entre las bailarinas y Jirmito.

La estupenda pantomina, soberana página, fué también repetida y al terminar el acto se alzó la cortina saliendo a escena infinidad de veces los maestros Usandizaga y Martínez.

El dúo final del acto postrero valió un triunfo personalísimo a Luisa Vela y Sagi Barba. No es posible superar tan excelente interpretación.

El público, puesto en pie, aclamó a su tor y a los protagonistas de la obra.

Eva López, Conito, Asensio y Llana, completaron el óptimo conjunto.

La orquesta, digna de los mayores encomios, máxime si se tiene en cuenta que la obra ha sido puesta en dos días. El maestro Martínez merece la más sincera felicitación.

Y no va hoy más, porque el tiempo apenas abrumaderamente.

CASTEJON.

El 5 de febrero de 1914 José María Usandizaga (San Sebastián, 31 de marzo 1887—5 de octubre 1915) estrenaba en el Circo Price de Madrid su composición *Las golondrinas*, zarzuela de tres actos y con once números orquestales. Dirigida la orquesta también por el autor y con libreto firmado por Gregorio Martínez Sierra (Madrid, 1881—1947), obtuvieron músico y escritor un grandísimo éxito de público.

Tras el triunfo obtenido en Madrid, San Sebastián acogió a su hijo Usandizaga, cuya zarzuela ocupó diez representaciones entre los días día 11 y 19 de abril. Tras otro clamoroso éxito, el espectáculo viajó a Zaragoza, donde se presentó el día 25 en el Teatro Circo, como hemos apuntado al principio, y de nuevo tuvo llenos los días siguientes. Posteriormente pasaría por Bilbao y de allí a otras ciudades.

Hay que advertir que Zaragoza era una plaza muy valorada en el ámbito musical y teatral en aquellos años, donde viajaba de cuando en cuando otro compositor de gran prestigio, el maestro Tomás Bretón que ya tenía noticia de la Jovencita de la quinta fila, pues su nombre había aparecido en 1903 por tocar en público son solo seis años. Y el maestro Bretón la llevaría al Círculo de Bellas Artes Madrid a mitad de mayo de ese 1914, y donde recogió un gran éxito y, junto a su madre, fueron recibidas por la infanfa doña Isabel, conocida popularmente como *La Chata*, en su palacio.

Tras el nombre de autoridad del libreto se escondía la entonces esposa del firmante. Tras el artículo de Ramón Acín descubriremos a la autora —que muchas personas ya conoceréis- y después hablaremos de la jovencita de la quinta fila y de su relación con Usandizaga. □



Estreno en Madrid. José María Usandizaga a la dcha. en el centro el barítono Emilio Sagi-Barba y su esposa la soprano Luisa Vela, y a la izda Martínez Sierra.



La compañía saludando tras el espectáculo en el Teatro Campos Eliseos de Bilbao, 11 de junio de 1914. En el centro, Usandizaga junto a la compañía de Pablo Gorgé, distinta a la que estrenó en el madrileño Circo Price.

Con cursiva del diez. *Las golondrinas*

Ramón Acín. *El Diario de Huesca*. 18 octubre de 1914

Con cursiva del diez

Las golondrinas

Estas golondrinas de que os voy a hablar, no son los amables pájaros anunciadores del buen tiempo; no son las golondrinas amables de quienes dijo Shakespeare, eterno huésped del verano, moradora de las iglesias, que pone en la arquitectura de sus nidos un vago recuerdo del cielo, que de todo pilar, de todo alero, suspende su prolífico lecho, y que donde ellas anidan parece que vive la alegría.

Las golondrinas estas, son la ópera de Usandizaga, de la que escuché tan sólo el final del tercer acto, entre opereta y opereta a la moda, en el Teatro Circo de Zaragoza.

Tan grandioso final, deja a uno con ganas no pocas de ver representada la obra toda, aunque a decir verdad, si la compañía del Circo es la encargada de ello, más que risotadas de auténticas golondrinas escucharíanse chillidos de humildes falcetas.

No soy autoridad ninguna en cosas de música, pues si bien me pasé alguna que otra hora echando bendiciones, como un obispo, ante el método Eslava, no más para mi uso particular llegan mis conocimientos musicales.

Navarro y Ledesma, hablando del poeta italiano conocido por Metastasio, dice lo que sigue:

«Abominemos, abominemos de Metastasio como padre de ese engendro antiartístico, llamado ópera italiana, que ni es música ni poesía.»

Muy bien, muy bien, abominemos de Metastasio, pero escuchar, wagnerianos, los wagnerianos por moda, escuchar a Valle-Inclán, que en cosas de arte no es manco como en cuestión de brazos, y dice que tan sólo dos cosas han permanecido siempre arcanas para él; una de ellas, la música de ese teutón que llaman Wagner.

Abominemos, abominemos con Ledesma de la ópera italiana, pero repitamos también los más, con ingenuidad, lo que dice don Ramón el de las sonatas.

Las notas de la obra del joven vasco me parecieron cantos de golondrinas anunciando el buen tiempo de la música española. Aquellas melodías dulces, sin dulzura de confitero, formando un todo con notas vibrantes, rebeldes y solemnes, así lo hacían esperar.

Se encontraba allí lo poco bueno de la música italiana y lo mucho bueno de la alemana; aquélla sin empalagos, ésta con algo menos de sabiduría.

La partitura no la conozco, pero creo hubiese sido más indicado algún otro escritor de más allos vuelos, pues con todo su bien escribir, no creo que Martínez Sierra hiciese Las golondrinas, dignas de las notas de Usandizaga y dignas de las palabras que a tan amables pájaros dedica Shakespeare en las trágicas páginas de su Macbeth.

Y ahora perdonarme el pecado grande de haberme echado a crítico. Conociendo un sólo trozo de la obra, y tener la osadía de negar vuelos quien no vuela más alto que un pobre pato, con las alas rotas por añadidura.

Acín.

Estas golondrinas de que os voy a hablar, no son los amables pájaros anunciadores del buen tiempo; no son las golondrinas amables de quienes dijo Shakespeare, eterno huésped del verano, moradora de las iglesias, que pone en la arquitectura de sus nidos un vago recuerdo del cielo¹, que de todo pilar, de todo alero, suspende su prolífico lecho, y que donde ellas anidan parece que vive la alegría.

Las golondrinas estas, son la ópera de Usandizaga, de la que escuché tan sólo el final del tercer acto, entre opereta y opereta a la moda, en el Teatro Circo de Zaragoza.

Tan grandioso final, deja a uno con ganas no pocas de ver representada la obra toda, aunque a decir verdad, si la compañía del Circo es la encargada de ello, más que risotadas de auténticas golondrinas escucharíanse chillidos de humildes falcetas.

No soy autoridad ninguna en cosas de música, pues si bien me pasé alguna que otra hora echando bendiciones, como un obispo, ante el método Eslava, no más para mi uso particular llegan mis conocimientos musicales.

Navarro y Ledesma, hablando del poeta italiano conocido por Metastasio, dice lo que sigue:

Abominemos, abominemos de Metastasio como padre de ese engendro antiartístico, llamado ópera italiana, que ni es música ni poesía.²

Muy bien, muy bien, abominemos de Metastasio, pero escuchar, wagnerianos, los wagnerianos por moda, escuchar a Valle-Inclán, que en cosas de arte no es manco como en cuestión de brazos, y dice que tan sólo dos cosas han permanecido siempre arcanas para él; una de ellas, la música de ese teutón que llaman Wagner.³

Abominemos, abominemos con Ledesma de la ópera italiana, pero repitamos también los más, con ingenuidad, lo que dice don Ramón el de las sonatas.

Las notas de la obra del joven vasco me parecieron cantos de golondrinas anunciando el buen tiempo de la música española. Aquellas melodías dulces, sin dulzura de confitero, formando un todo con notas vibrantes, rebeldes y solemnes, así lo hacían esperar.

Se encontraba allí lo poco bueno de la música italiana y lo mucho bueno de la alemana, aquélla sin empalagos, ésta con algo menos de sabiduría.





La partitura no la conozco, pero creo hubiese sido más indicado algún otro escritor de más altos vuelos, pues con todo su bien escribir, no creo que Martínez Sierra hiciese *Las golondrinas*, dignas de las notas de Usandizaga y dignas de las palabras que a tan amables pájaros dedica Shakespeare en las trágicas páginas de su *Macbeth*.

Y ahora perdonadme el pecado grande de haberme echado a crítico. Conociendo un sólo trozo de la obra, y tener la osadía de negar vuelos quien no vuela más alto que un pobre pato, con las alas rotas por añadidura.

1 W. Shakespeare las relaciona en varias ocasiones con la ligereza en el vuelo y, también, con la esperanza, como en el quinto acto de *Ricardo III*. Un poco más adelante, en este mismo artículo, se cita la escena VI de *Macbeth*, aquella en la que dice Banquo: "(...) He observado que donde las golondrinas habitan y se reproducen, el aire es delicado".

2 Navarro Ledesma, que muere en 1905, era amigo e informador de Galdós, como puede comprobarse en su relación epistolar. Pietro Metastasio (1698-1782), por su parte, es un poeta italiano del siglo XVIII, autor de varios libretos de ópera que alcanzaron mucha fama.

3 En *Sonatas de Estío*, Valle-Inclán pone en boca de Bradomín esta bagatela: "Sólo dos cosas han permanecido siempre arcanas para mí: el amor de los efebos y la música de ese teutón que llaman Wagner". En *Sonata de Invierno*, hay una frase que Acín hacía suya permanentemente: "Para mí, haber aprendido a sonreír es la mayor conquista de la Humanidad". □

Ramón Acín escribe este artículo poco más de un año después de pasar por una llevadera noche de calabozo junto a Samblancat, Federico Urales y otros bombarderos creadores del semanario *La Ira*, *órgano de expresión del asco y de la cólera del pueblo*. Tuvieron la suerte de estar en Barcelona cuando era gobernador, por unos pocos meses, el periodista culto, republicano librepensador y masón José Francos Rodríguez, que después sería ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Ahora Acín colabora en otro semanario, *Talión*, en el que vuelve a coincidir con su amigo Ángel Samblancat además de otros como Joaquín Maurín y Gil Bel. Publicación quizá también *turbulenta* -como suponen con consistentes razones Miguel Bandrés⁴ y José Domingo Dueñas⁵, y que se publicará entre los años 1914 y 1915, sin que nos hayan llegado ejemplares, aunque el amigo de todos ellos, Felipe Alaiz, ofrece alguna pista acerca de la temperatura de la publicación.

Acín, unas dos décadas después describiría aquellas actitudes a un discípulo suyo que reconstruía en un escrito sus palabras:

Cuando yo tenía la edad que ahora tú tienes, junto con Samblancat y otros amigos, sacamos en Barcelona, allá por el año 1913, una publicación intitulada "La Ira". Ya puedes deducir por el simbolismo de esta palabra cuál sería el contenido de nuestro anhelado periódico, del que nos servíamos para poner en la picota injusticias, abusos y cuantos males sociales llegaban a nuestros oídos; pero no es de esto de lo que hoy me reprocho. Me entristece, eso sí, el recuerdo de aquel lenguaje; un lenguaje insultante, impregnado de agresividad y casi en los lindes de lo grosero y soez algunas veces. Equivocadamente creíamos en nuestro «sublime» papel de agitadores cuando sólo éramos pobres seres agitados por un impulso incontrolado que restaba valor informativo al mensaje y descalificaba a quienes lo emitían.

Quizás el artículo de Acín adolece de varios errores de apreciación relacionados con esa actitud que Acín reconoce mirando al pasado, y que es conveniente aclararlos. Uno de ellos es valorar un espectáculo –aunque anuncia y recalca desde el principio este hecho– habiendo llegado casi al final del mismo.



Ramón hace referencia a Shakespeare, a Metastasio y a Wagner, nombres gruesos sin duda alguna, pero no coloca la zarzuela de Usandizaga en el nivel ecuánime de la balanza. No por detrimento musical del vasco, ni del libreto, sino por la propia definición de las obras. Por simplificar, ópera y zarzuela.

Teatro Victoria Eugenia

A las SEIS Y MEDIA de la tarde **¡Éxito grandioso!**

6.ª representación del drama lírico en tres actos, original de **Gregorio Martínez Sierra**, música del maestro **José María Usandizaga**, representado 52 noches consecutivas en el Teatro Price de Madrid, por esta Compañía, titulado

Las Golondrinas

— REPARTO —

Lina, Luisa Vela.—Cecilia, Eva López.—Leonor, Enriqueta Blanc.—Una ecuyere, Concepción Urdazpal.—Puch, Emilio Sagi-Barba.—Roberto, Manuel Couto.—Boby, Luis Llana.—Juanito, Santos Asensio.—Un caballero, Francisco Ruiz.—Un regisseur, José Alted.—Un excéntrico, José Gómez.—Un malabarista, Roberto Boti.—Ecuyeres, acróbatas, payasos, excéntricos, moras, pierrots, colombinas, cuerpo de baile, espectadores, gente del pueblo y niños.—BANDA EN ESCENA.

La acción del acto primero en un pueblo de Castilla, la del segundo y tercero en un circo de una gran ciudad.

DECORADO NUEVO DEL ESCENOGRÁFO J. MARTINEZ GARI

Lujoso vestuario construido por la Casa Vila

Alfonso Jordá Morey describió diez diferencias entre ópera y zarzuela. Además de que la zarzuela se canta en castellano, extraemos :

- La zarzuela u opereta española es un género teatral cantado y hablado en prosa o en verso. La ópera generalmente es totalmente cantada. Existen excepciones, pero se pueden contar con los dedos de una mano.
- En la zarzuela siempre hay final más o menos feliz, es decir, no muere nadie, salvo una o dos excepciones: 'La Dogaresa' de Rafael Millán es una de ellas. Hay óperas en que muere hasta el apuntador, es decir con final trágico. Es verdad que hay óperas serias con final feliz como 'La sonámbula' e 'I Puritani' ambas de Bellini. (Apuntamos nosotros que el caso de *Las Golondrinas* es una excepción a la regla descrita por Jordá)
- Mientras en la zarzuela se escenifican historias por regla general de ambiente popular, rural, costumbrista regional, marinero, o con incluso incursiones historicistas, en la ópera se escenifican historias desgarradoras, basadas generalmente en hechos históricos o en novelas célebres. Por ejemplo se dice que con 'La dama de las camelias' de Alejandro Dumas, lo que hizo Verdi fue ponerle lo único que le faltaba, es decir, la música, para redondear una obra memorable como es 'La Traviata'.
- Mientras la ópera está universalizada, la zarzuela, aparte de España, solo es popular en Latinoamérica especialmente en Cuba, Perú, Argentina, Méjico y Chile. Si bien es verdad que gracias a cantantes como Plácido Domingo, José Carreras, Isabel Rey, Montserrat Caballé, Pedro Lavirgen, Pilar Lorengar, Ángeles Gullín, Manuel Ausensi y tantos otros, además de directores como García Asensio, Víctor Pablo Pérez, López Cobos o García Navarro, la zarzuela ha traspasado tímidamente fronteras occidentales y de ultramar.

Teatro Circo de Zaragoza en 1960. Calle San Miguel, esquina con Isaac Peral. Demolido en 1962. -foto del Archivo Municipal y aparecida en *El desván de Rafael Castillejo*



María de la O Lejárraga (San Millán de la Cogolla, La Rioja 1874— Buenos Aires 1974



Nacida en la riojana localidad de San Millán de la Cogolla en 1874 –de cuyo monasterio fue monje el poeta medieval Gonzalo de Berceo– María Lejárraga fue una adelantada a su tiempo. Culta, escritora cuando casi todos los escritores eran varones, progresista y feminista ocultó su nombre en el de su esposo Martínez Sierra conscientes ambos de que era la única forma de que su labor literaria y dramática saliese del anonimato y triunfase rotundamente. No podemos saber si toda la obra publicada bajo el nombre de Martínez Sierra era realmente de María. Lo que puede afirmarse es que ambos dos formaron un fructífero equipo en el que a la creatividad de ella se unía la capacidad organizadora y comercial de su esposo Gregorio.

Dejaremos hablar a quien fue gran amigo de ambos, el político socialista y ministro en la II República española, Indalecio Prieto, no sin antes añadir que María fue primero maestra y en toda su trayectoria pública sobresalió su espíritu pedagógico. Suyas son estas palabras:

Tengo, puedo afirmar, casi de nacimiento, vocación de propagandista, quiero decir que me gusta apasionadamente aprender y que en cuanto he logrado saber algo, no me deja vivir tranquila mi deseo de



María escribiendo a máquina junto a su esposo Gregorio Martínez Sierra



Antes de despedirnos de María Lejárraga hay que añadir varios aspectos importantes de su vida.

Para Indalecio Prieto, María fue autora de unas cuatro quintas partes de la obra firmada por su marido. Además de *Las golondrinas*, fue la autora del libreto de *El amor brujo* con la música de Manuel de Falla y estrenado en 1915 en el Teatro Lara de Madrid. Además, junto a su marido y Juan Ramón Jiménez fundaron la revista *Renacimiento* (1907) que se editó en Sevilla entre 1888, o la revista *Helios* vinculada con el modernismo y que reunió, en 1903 y 1904 además de los tres, a Ramón Pérez de Ayala, Rubén Darío, los hermanos Machado, Azorín y otros. Fue María también autora de la traducción de *La bona gent* de Santiago Rusiñol, con quien colaboraron ella y su marido para la versión catalana en 1908 de *Saltimbanquis* -el título original del libreto de *Las golondrinas*- y cuyo título fue *Ocells de pas*.

Su importante faceta como militante feminista tiene su ejemplo en ser elegida, en 1919, secretaria del Comité español de la Alianza para el Sufragio Universal participando en el VIII Congreso celebrado en Ginebra o su activa participación en el Lyceum Club, iniciativa dirigida por María de Maeztu, directora de la Residencia de Señoritas, versión femenina de la Residencia de Estudiantes. El Lyceum Club tuvo una intensa actividad cultural entre 1926 y 1939, cuando fue desmantelado tras la derrota de la República y sustituida por la fascista Sección Femenina. El Lyceum cuyas presidentas de honor eran la reina Victoria Eugenia y la duquesa de Alba, se había inaugurado con ciento cincuenta socias de diferentes tendencias, como Elena Fortún o María Teresa León y dieron conferencias y recitales también varones como Rafael Alberti, Benjamín Jarnés, García Lorca o Unamuno.

Con respecto a la amistad y colaboración con Falla es curioso que fuese María Lejárraga quien descubrió al gaditano compositor la ciudad de Granada:

Ella le dio a conocer Granada. Calificada por María como «la mejor aventura de nuestra amistad» en su libro de memorias *Gregorio y yo*, la escritora ofreció en sus páginas un retrato vívido de lo acaecido durante los últimos días de marzo y primeros de abril de 1915:

Una mañana de abril [...] dije: «Hoy vamos a visitar la Alhambra». Y allá fuimos [...]. Al llegar a las puertas de lo que fue palacio y fortaleza, dije a mi compañero de peregrinación: «Déme usted la mano, cierre los ojos y no vuelva a abrirlos hasta que yo le avise». Consintió en mi capricho, divertido como chiquillo que juega a ser ciego [...]. Condújele a la ventana central [de la Sala de Embajadores en la Torre de Comares] [...] «¡Mire usted!», dije soltando la mano de mi compañero. Y él abrió los ojos. No se me olvida el ¡aaah! que salió de su boca. Fue casi un grito... (Texto en web de la Fundación Manuel de Falla, Granada)□



María probablemente a mitad de la primera década del siglo XX



María en su casa de Niza, Francia donde vivió exiliada ocho años antes de trasladarse a México y Argentina, donde fallecería en 1974 con cien años.



Una mujer excepcional. María Lejárraga de Martínez Sierra

Indalecio Prieto. *Le Socialiste*. Paris 1962 (Artículo aparecido tras la muerte del dirigente socialista)



Don **Augusto Martínez Olmedilla** acaba de escribir un libro titulado "Arriba el telón", que quiere ser la historia del teatro en España durante un siglo. Juzgando por el diminutivo, deben ser pocos los olmos que pueblan esa olmedilla. Pocos o muchos, sería inútil pedirles peras, fruto que ese árbol no da, como ninguno dio el autor del libro cuando se puso a escribir comedias. Siempre fue un escritor mediocre y nunca acertó con los recursos escénicos. Tampoco ahora ha acertado el teatro donde fracasó. La edición de que hablo es muy lujosa y parece como si el señor Martínez Olmedilla se limitara en ella, bien por penuria literaria o bien por expreso encargo del editor, a comentar estampas y retratos que aparecen en páginas de rico papel cuché, con lo cual la obra, más que una historia, semeja un álbum.

Pero no es mi propósito criticarla, tarea para la cual carezco de aptitud, sino reparar una injusticia que por enemistad política manifestada en este caso sin venir a cuento, ha cometido el octogenario cronista.

'Comentarios sobre una inepticia'

En el capítulo titulado "La compañía de Martínez Sierra" se dice: "Andando el tiempo se supo que detrás de Martínez Sierra había otro escritor: su esposa, María de la O Lejárraga, que por complejo de modestia, abnegación y cariño prefería quedar en el anonimato. Mujer inteligentísima de gran ternura y sensibilidad, por una aberración inconcebible durante nuestras revueltas políticas tomó partido por los rojos más avanzados y manchó su historial de dulzura y serenidad predicando ideas disolventes en los agros andaluces y extremeños, proceder tanto más absurdo cuanto que vivía suntuosamente en un magnífico inmueble de la calle de Génova, desde el cual lanzaba sus alegatos demoledores".

Nada menos que una aberración inconcebible constituye para tal comentarista la circunstancia de vivir suntuosamente y, no obstante, predicar ideas demoledoras, según Olmedilla denomina a las ideas socialistas, que son las siempre profesadas por María Lejárraga. La aberración habría alcanzado proporciones más monstruosas, a los ojos de tan mezquino analizador, de haber sabido éste que, además de dicho aposento de la calle de Génova, tomado en alquiler, mi ilustre correligionaria era propietaria de una casa de campo -de la que luego hablaré- en Cagnes-sur-Mer, muy cerca de Niza, donde solía recluirse para trabajar al huir de los rigores del invierno madrileño.

Cualquier mortal dotado de sentido común estimará que cuanto mayor sea el bienestar de una persona, más generosa resultará su consagración a los humildes. Cosa distinta sería si ese bienestar o esa riqueza -caso de haberla, y en María nunca la hubo- estuviesen logrados a costa de sudores y sufrimientos ajenos, y no con el trabajo propio que fue el único manantial de mi excelsa amiga. Lo confirma Martínez Olmedilla diciendo de ella: "Había empezado a vivir modestamente como maestra nacional, cargo que dejó para dedicarse a la literatura. Madrugadora infatigable, a las cinco de la mañana empezaba a laborar: un día, era el capítulo de un libro original; otro, la traducción de una obra maestra: Shakespeare, Ibsen, Maeterlink, o las escenas de una comedia propia, en las que campean la exquisitez, la fina sensibilidad inconfundiblemente femenina. Lo interesante para ella era producir sin descanso: la exhibición personal, le molestó siempre: de ahí su desdén ante el aplauso, negándose siempre a firmar sus escritos. En el feminismo español tiene María Martínez Sierra un lugar preeminente porque escribe siempre en mujer; su obra es totalmente femenina. Pero desconcierta al observador porque no sabe si hay en ella abnegación, escepticismo, renunciamiento o simplemente paradoja. Para todo tiene una sonrisa de supremo desdén; ni aún se conmueve -ella, tan maternal en apariencia-, ante la idea de verse estéril. Y, sin embargo, ha escrito con sangre del alma "que toda mujer, porque Dios lo ha querido, dentro del corazón lleva un niño dormido".



Razones del anónimo

Si Martínez Olmedilla, para documentarse menos superficialmente y enjuiciar más imparcialmente hubiese leído el libro "Gregorio y yo - Medio siglo de colaboración" que María Lejárraga publicó en Méjico hace nueve años mientras estuvo aquí antes de ir a Buenos Aires donde ahora reside, se habría ahorrado aventuradísimas conjeturas acerca de su comportamiento al mantenerse en el anónimo, pues ella misma explica esa actitud en las siguientes líneas relativas también a su marido:

"No hemos colaborado, es decir trabajado en nuestra obra común sin interrupción, por haber sido marido y mujer; hemos llegado al santo estado de matrimonio a fuerza de colaborar. Antes de ser siquiera "novios" habíamos escrito y publicado cuatro libros: "El poema del trabajo", "Cuentos Breves", "Flores de escarcha", "Diálogos fantásticos". Antes de casarnos la primera novela corta, "Almas ausentes", alcanzando el primer premio en un concurso literario -¡mil pesetas de entonces!- sirvió para añadir unas cuantas superfluidades a nuestra instalación conyugal ... "El poema del trabajo" y "Cuentos breves" logramos editarlos en secreto juntando nuestros escasos ahorros. Firmamos, yo por ser maestra de escuela, los "Cuentos" destinados a los niños; él, por ser reconocidamente poeta, el poema. Llevámoslos el mismo día a nuestras respectivas casas. En la de mi colaborador, un libro era casi un milagro, y el del primogénito fue recibido con todos los honores: sorpresa, regocijo, orgullo familiar. Creo que hasta champaña se descorchó en la celebración. En la mía, donde había tantos, dos libros más, aunque uno lo firmase la primogénita y el otro el "amiguito" que mis padre y hermanos antes que yo sospechaban que había de convertirse en novio, no significaban gran cosa ni ocasionaron celebración alguna. Yo, en mi orgullo de autora novel, había descontado mejor acogida. Tomé -interiormente como es mi costumbre- formidable rabieta, y juré por todos los dioses mayores y menores: "No volveréis a ver mi nombre impreso en la portada de un libro".

"Esa es una de las "poderosas" razones por las cuales decidí que los hijos de nuestra unión intelectual no llevaran más que el nombre de mi padre. Otra que siendo maestra de escuela, es decir, desempeñando un cargo público, no quería empañar la limpieza de mi nombre con la dudosa fama que en aquella época caía como sambenito casi deshonoroso sobre toda mujer "literata" -sobre todo literata incipiente-. ¡Si se hubiera podido ser célebre desde el primer libro! La fama todo lo justifica".



Catalina Bárcena, paseando por la Castellana con el niño Gregorito Martínez Garlopín, de Tenorio

La razón tercera, tal vez la más fuerte, fue romanticismo de enamorada. Casada, joven y feliz, acometiome ese orgullo de humildad que domina a toda mujer cuando quiere de veras a un hombre. "Puesto que nuestras obras son hijas de legítimo matrimonio, con el nombre del padre tienen honra bastante". Ahora, anciana y viuda, veome obligada a proclamar mi maternidad para cobrar mis derechos de autora. La vejez, por mucho fuego interior que conserve, está obligada a renunciar a sus romanticismos, si ha de seguir viviendo, aunque sea por poco tiempo".

Una actriz ingenua, mujer fatal

¿Contra quién defendía sus derechos de autora? Contra una hija de **Catalina Bárcena** que, por ser hija de Gregorio Martínez Sierra, pretendía absorberlos hundiendo en la miseria a la verdadera creadora de tantas comedias famosas.

Catalina Bárcena, como por lo general sucede con las actrices que en el escenario representan papeles de ingenuas, actuó de mujer fatal deshaciendo un matrimonio dichoso. Pero María Lejárraga, ni aún después de comprobar la infidelidad, dejó de atribuir a Gregorio cuanto ella producía. Más de cuatro quintas partes de la obra literaria que figura a nombre de Gregorio Martínez Sierra, sin exhalar quejas ni formular protestas hasta que desvalida y expatriada hubo de acudir a los tribunales en busca de amparo, pues las comedias que ella escribió -ella y nadie sino ella, pues Gregorio enfocó sus actividades a especializarse como director de escena y a ser empresario teatral- siguen representándose en España y en el extranjero, especialmente "Canción de Cuna" que, traducida a varios idiomas, ha dado con aire triunfal la vuelta al mundo.



Cabe mayor abnegación y mayor elegancia espiritual que las de esta mujer excepcionalísima por su talento, su cultura, en nobleza e incluso su enamoramiento?. La muerte de su marido, de quien permaneció separada largos años, aunque guardándose siempre respeto y cariño, la supo en 1947, con dolorosa sorpresa, por una emisión radiofónica, hallándose ella exiliada en Francia.

Antiguos afiliados al Partido Socialista

Cualquiera que lea "Arriba el telón" creará que María Lejárraga, negando su personalidad y contradiciendo su historia, se lanzó alocadamente a desatentadas aventuras revolucionarias. Por el contrario, fue leal consigo misma en todo instante. Hija de un médico que practicaba su profesión en los miserables suburbios madrileños que **Vicente Blasco Ibáñez** tomó para fondo de su novela "La horda" la exquisita sensibilidad de María hizo que su espíritu no sólo se apiadara de tantos desventurados sino que le animase para pelear en pro de ellos, contribuyendo a redimirlos. Y cuando ninguna sombra velaba todavía su felicidad matrimonial, Gregorio y María ingresaron ambos como afiliados en la Agrupación de Madrid. Esto lo ignora sin duda Olmedilla.

María era, pues, una veterana en nuestras filas cuando en 1933 el Partido la incluyó en la candidatura de diputados a Cortes por Granada. A virtud de esta circunstancia tomó parte en actos de propaganda electoral. A Olmedilla le será imposible encontrar en el texto de aquellos discursos, contra cuanto torpemente asegura, nada que manchara el historial de dulzura y serenidad de la eximia comediógrafa, quien nunca perdió su aire dulce y su tono sereno. En tierra andaluza mezclóse con gentes humildes, compareciendo ante ellas en unión de Fernando de los Ríos -otra gran figura del Socialismo español que tampoco se entregó nunca a alegatos demoledores- para confortarlas y alentarlas, como cumple a un alma impregnada de auténtica caridad y limpia de repulsivas protestas contra las injusticias sociales, cual hoy protesta el Papa, quien, encima, hace que se unan a su clamor todas las jerarquías eclesiásticas, sólo pueden considerarlo pecaminoso hombres infectados por odios anticristianos como Martínez Olmedilla que ha sido capaz de estampar en 1961 su estúpida diatriba contra María Lejárraga por anticiparse a esas mismas protestas.

En el Congreso, María Lejárraga de Martínez Sierra se sentaba junto a mí en los escaños de la oposición a un Gobierno formado por republicanos apóstatas de la democracia, con reaccionarios impenitentes, y "sotto voce" nos entregábamos a comentarios presididos por absoluta coincidencia...

Misterios en la Costa Azul

Pero párrafos antes ofrecí hablar de la casa que en **Cagnes-sur-Mer** poseía la autora de "Canción de Cuna" y voy a cumplir lo prometido.



En París, a donde llegué en forma casi inverosímil después de concluir catastróficamente la huelga general organizada contra la entrega del Poder a elementos desafectos al régimen, recibí muy afectuosa carta de María Lejárraga ofreciéndome dicha casa y describiendo su emplazamiento solitario en un paraje campestre al borde del Mediterráneo y alejada del pueblo, en fin, sitio ideal para descansar. Acepté.

Policías franceses no me dejaban ni a sol ni sombra, según ellos para protegerme, por tener confidencias de que dos carlista habían atravesado la frontera para matarme en venganza por el asesinato de un diputado correligionario suyo. Muchas veces, estos servicios de aparente protección son más bien para vigilar al "protegido" siguiendo a todas horas sus pasos, pero, bien para lo uno o para lo otro, a mí me enojaron siempre. Me hice ilusiones de que abandonando la capital quedaría libre de semejante pejiquera: mas al montar en el tren para la Costa Azul, un inspector montó conmigo. Al apearme en Niza, mi acompañante me confió a otros dos inspectores que esperaban en el andén. Ellos me guiaron al domicilio del apoderado de María, quien, habiendo ya recibido instrucciones de ésta, puso la casa a mi disposición.

Era una mansión exenta de suntuosidades, aunque cómoda, holgada y silenciosa, sin más ruido que el ritmo de las olas que espumeaban suavemente en playa inmediata. Gobernábala una señora de edad, cuya única hija trabajaba en lujosa tienda de la cercana Niza.



Cuando la muchacha sin antecedente alguno de los nuevos huéspedes -una hija mía y yo- llegó aquella noche a dormir, sorprendióse al ver hombres sospechosos entorno a su vivienda. Empavorecida, corrió desolada a **Cagnes-sur-Mer**, arrabal de Grasse, participando sus temores a varios lugareños que se ofrecieron a escoltarla para desentrañar el misterio. Al acercarse la patrulla campesina, salieron a su encuentro los hombres sospechosos, quienes se identificaron. Eran policías veladores de nuestros sueños, los cuales no se creyeron obligados a explicar qué misión estaban desempeñando. La muchacha entró en casa, donde su madre la aguardaba con impaciencia por el retraso, y ya en autos, acabó de tranquilizarse, marchando al otro día, muy temprano, directamente a Niza.

Los labriegos retornaron al arrabal y allí divulgaron lo que habían visto. ¿A qué obedecería la presencia de policías en derredor de la casa? Todos los vecinos de Cagnes quisieron verlo por sí mismo y, unos a pie y otros en bicicleta, se acercaron a nuestra residencia, dando cada cual versión distinta, con arreglo a la respectiva fantasía, de tan extraño suceso como el que agentes policiales procedentes de Niza fuesen o viniesen en continuos relevos a custodiar la casa misteriosa. ¿Qué ocurriría dentro de ella? ¡Adiós tranquilidad, adiós reposo!

Pero la situación se hizo pronto mucho más violenta. Llegaron de Roma, para acompañarnos unos días, el comandante de aviación **Ignacio Hidalgo de Cisneros**, agregado a nuestra embajada en la capital italiana, y su esposa **Constancia de la Mora Maura**, nieta de don Antonio Maura. Marcelino Domingo y yo habíamos sido testigos de su matrimonio civil en Alcalá de Henares en el año 1931. Me unía a ellos una amistad entrañable, sobre todo con Ignacio, que convivió conmigo en el mismo Hotel de París durante la emigración inmediatamente anterior al advenimiento de nuestra República. Después en plena guerra civil, quedó roto todo vínculo amistoso, porque ambos derivaron hacia el comunismo. Yo hice destituir a Constancia por sus vergonzosas parcialidades desde el ministerio de Estado al censurar los mensajes telegráficos a periódicos extranjeros.

Traza borbónica de un comandante republicano

Ambos esposos de alojaron en nuestra casa de Cagnes. Levantábase esta en una estrada que desde la carretera va al campo de golf. Un guardián de campo que me vio paseando a pie con Ignacio, echó a volar la especie de que éste era el mismísimo Alfonso XIII, de lo cual mostrábase seguro por haberle conocido personalmente en ocasiones que allí mismo jugó al golf el rey. Ciertamente Ignacio tenía cierta traza borbónica, guardando en la talla y el rostro cierta semejanza con Alfonso XIII y por ello resultaba explicable la confusión.

Comenzaron a correr por la comarca disparatadísimos rumores de que el rey destronado y un ex ministro republicano se habían citado en aquel lugar solitario para concretar secretamente la restauración del trono, y he ahí las extraordinarias precauciones policiales. Para colmo de los colmos, un diario de Niza insertó en su primera plana extensa información prestando eco a los absurdos bulos. Estaba terminando el Carnaval de Niza y los turistas, que en legión, son atraídos por aquellas famosas carnestolendas comenzaron a encaminarse hacia Cagnes, ansiosos de testimoniar cualquier episodio de tamaño acontecimiento. Para librarnos de semejante curiosidad, los Hidalgo de Cisneros, mi hija y yo decidimos ausentarnos durante toda la jornada, recorriendo de punta a punta la Costa Azul.

Cuando, entrada la noche, regresamos a casa, nos aguardaba el jefe de policía del departamento de los Alpes Marítimos, quien, tras saludarnos con gran respeto, fijó inquisitivamente su mirada en Ignacio Hidalgo de Cisneros. Debieron de quedarle dudas sobre la identidad de éste, pues, extremando la cortesía, insinuó que deseaba examinar su pasaporte. Púsole Ignacio en manos del Comisario, calóse éste las gafas para ver detenidamente el retrato, que compulsó con el rostro de aquel, disipándosele las dudas de que se tratara de Alfonso XIII. Volviéndose hacia mí, manifestó que iba a pedirme un favor, contestando yo que me tenía a sus órdenes:

-Voy a suplicarle -añadió- que regrese a París. Si usted quiere, puede continuar aquí, pero marchándose me prestaría un gran servicio personal que yo le agradecería muchísimo. Ya ve Vd. el revuelo que se ha promovido con su presencia, revuelo al que contribuyen ciertas novelorías ...

-Mañana mismo -le dije, sin permitirle concluir sus negociaciones- regresaré a París.



Ignacio y su esposa emprendieron el retorno a Roma y mi hija y yo marchamos a París en el primer tren. Lo que falsa, sañudamente y sin venir a cuento, escribió en "Arriba el telón" don Augusto Martínez Olmedilla ha removido todos estos recuerdos.

Llegue hasta María Lejárraga en su modesto retiro de Buenos Aires el homenaje de mi amistad y de mi admiración y perdóneme que, saltando sobre su elegante discreción, haya aludido en los presentes renglones a su litigio con la hija de Catalina Bárcena y haya citado el nombre de esta actriz ingenua que, como mujer fatal, destruyó un matrimonio enlazado floridamente por el arte y el amor.

(*Le Socialiste*, jeudi 22 fevrier 1962, pp.1-2) □



Foto de exiliados en París tras el fracaso de la Sublevación de Jaca. A la izquierda Ramón Acín. Con gabardina y boina, tercero desde la izquierda, Indalecio Prieto. Enero 1931. En la foto de la revista *Estampa* aparecen los nombres de todos



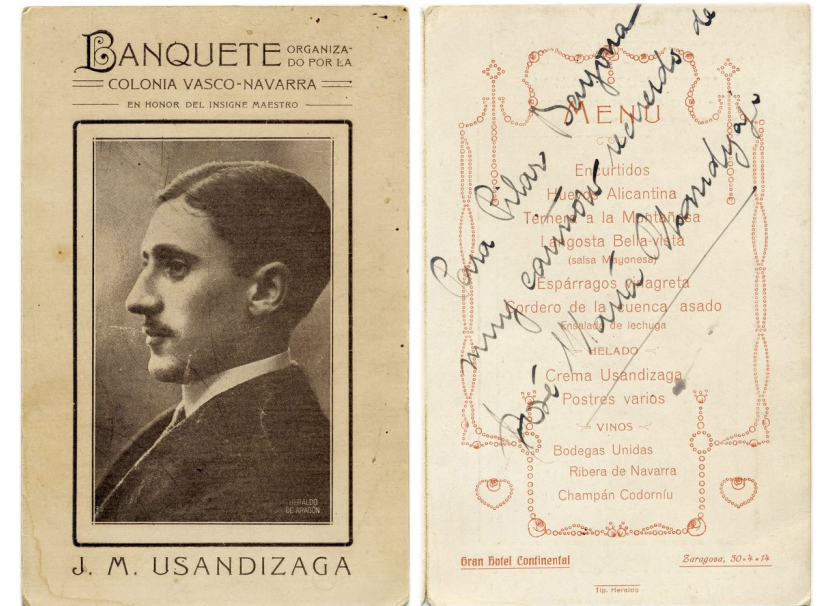
José María Usandizaga y Pilar Bayona

Texto extraído de la Biografía sobre Pilar Bayona escrita por Antonio Bayona y Julián Gómez. Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2015

José María Usandizaga (había estrenado su zarzuela *Las golondrinas* en este año de 1914, y el debut en Zaragoza tuvo lugar el 25 de abril, con la presencia del autor. Pilar Bayona asistió a este estreno, y debió de ser tanta su atención e interés que Usandizaga se fijó en ella y se cuenta que cuando se la presentaron más tarde el compositor comentó: «Esta chica estaba en la fila quinta de butacas, y le he dicho a un amigo mío que era la persona del público que más cuenta se había dado de la obra».

Unos días más tarde, el día 30 de ese mismo mes, la Colonia Vasco-Navarra de Zaragoza rindió un homenaje al compositor y le ofreció una comida en el Gran Hotel Continental. Pilar Bayona asistió a esta comida y se conserva un ejemplar del menú que le dedicó Usandizaga. El 2 de mayo, continuando los actos en honor del músico vasco, el tenor que interpretaba el papel principal en *Las golondrinas*, Emilio Sagi Barba, cantó el «Ave María» de la ópera *Mendi Mendiyan* —acompañado al órgano por el autor— para la Virgen en el templo del Pilar, con una gran afluencia de público. En el transcurso de estas estancias en Zaragoza, Usandizaga visitó la casa de los Bayona y escuchó tocar a Pilar; el resultado de la audición fue una invitación a que la pianista participara en el próximo mes de agosto en unos conciertos en San Sebastián. Hay que hacer notar que la proposición del compositor era muy halagüeña, pues San Sebastián en agosto era un centro de vacaciones y ocio de la aristocracia y la alta sociedad, tanto española como europea. Comenzó entonces una relación amistosa, profesional y epistolar entre el compositor vasco y Pilar, que duraría hasta el temprano fallecimiento de Usandizaga en su ciudad natal San Sebastián el día 5 de octubre de 1915. Federico Sopeña decía que, según tradición oral, Usandizaga se enamoró de Pilarín Bayona, sentimiento —según su comentario— que se transparentaba en las cartas del compositor a la pianista. En la primera que se conserva, Usandizaga confirmaba a Pilar los anunciados conciertos en San Sebastián:

Tengo el gusto de darle una buena noticia. Adjunto incluyo una atenta carta del Administrador del Gran Casino de S. Sebastián por la que verá V. es un hecho la inclusión de su nombre en los conciertos artísticos de dicho centro. La fecha que le han señalado es inmejorable, así es que le ruego me avise á vuelta de correo su conformidad á fin de comunicárselo al Sr. Domínguez. Trabaje V. de firme este mes y prepare un concierto con orquesta, tres números de piano solo y otros dos o tres pequeños trozos de repetición. □



Díptico dedicado a Pilar del menú en homenaje a Usandizaga.
Gran Hotel, Zaragoza, 30 de abril 1914



Julio / 11 18-2
San Sebastián
1914
Garibay 6

Muy distinguida amiga:

Recibi su alta carta y en primer lugar voy a agradecerla su finísima atencion al querer intercalar mi Impromptu en el programa del concierto con que nos obsequiará Ud. en el proximo Agosto

Muchas gracias tambien, extensivas a su propia, al encargarme de la confeccion del programa: sea que esté, debe ser, si le parece a U. en la siguiente forma: en la 1ª

parte el concierto de Saint-Saëns a la Pap-
rodia de Nizza, lo que U. prefiera (no se
olvide de traer el material de orquesta y
la partitura del director) y en la 2ª parte
de Chopin la 1ª balada en fa menor que
es la menos conocida; mi Impromptu y
para terminar una obra pianística la que
U. prefiera de Liszt. Como será U. el pro-
grama no es largo; pero es una costumbre
que hay en el Gran Casino para todos los
concertos; una obra con acompañamiento
de orquesta en la 1ª parte y tres obras sin-
fonias en la 2ª

El Sr. Dominguez me dice que podría U
ensayar con la Orquesta el mismo dia 3
a las 10 de la mañana.

No se preocupe de los concertos que han
desfilado por el Casino pues tambien a Ud
la Audencia que aplaudir mucho: ya ya
le tengo dicho a mi hermano y aficionado que
el dia 3 de Agosto oian a una excelente
artista española

Muchas saludos a su propia y saber que
es de U. V. muy aff amigo

José María Usandizaga

Leuego me envíe lo antes posible el progra-
ma definitivo

Carta de José M.ª Usandizaga a Pilar Bayona. con la propuesta de concierto en San Sebastián, 27-VI-1914. APB.



